

Pensar lo urbano con Bourdieu.

Una conversación con Loïc Wacquant*

Por Clément Rivière (Centre de Recherche Individus Epreuves Sociétés, Université de Lille, Francia).

Clément Rivière [CR]: Usted concluye su libro *Bourdieu en la ciudad* describiendo a Pierre Bourdieu como un “sociólogo de lo urbano a su pesar”. ¿Cómo ha llegado a “urbanizar a Bourdieu”, cuando la ciudad y lo urbano parecen, a primera vista, ausentes de su obra?

Loïc Wacquant [LW]: En mi trabajo, he utilizado a Bourdieu durante mucho tiempo, por lo que quería hacer explícitas las raíces de mi investigación urbana en su obra. En el origen de este libro está una colega italiana que quería preparar otro pequeño libro basado en un artículo (Wacquant, 2018). Reuní otros artículos en italiano y luego me puse a reescribir lo que se convirtió en un libro en sí mismo, diferente del proyecto original, pero que me permitió aclarar los principios de un análisis bourdieusiano de lo urbano a la vez que proponía —algo que no estaba previsto— una nueva lectura de su obra a través de lo urbano.

Así surgió este proyecto, que me hizo darme cuenta de que gran parte de las investigaciones de Bourdieu trataban del espacio y el urbanismo como entidades transformadoras. Es el caso de sus primeros trabajos sobre las sociedades campesinas de Cabilia, en la Argelia colonial, y de su propio pueblo, Lasseube, en el Béarn rural. Estas dos sociedades, a ambos lados del Mediterráneo, han sido vulneradas e incluso, podría decirse, condenadas a muerte por la llamada de la ciudad y la intrusión de instituciones que son instituciones urbanas por excelencia, como la escuela, el mercado laboral y el poder político. En *Le Déracinement* (Bourdieu y Sayad, 1964), así como en lo que más tarde se convertiría en *Le Bal des célibataires* (Bourdieu, 2002), existe un análisis implícito de la urbanización como una fuerza social que trastorna la subjetividad de los individuos, las

* Nota editorial: texto traducido al español, a petición de su autor, por **Cora Cuena Navarrete** del original: Loïc Wacquant y Clément Rivière (2024). *Penser l'urbain avec Bourdieu. Métropolitiques*, 14 de octubre, <https://dx.doi.org/10.56698/metropolitiques.2088>

Cómo citar:

Wacquant, Loïc y Clément Rivière (2025). Pensar lo urbano con Bourdieu. Una conversación con Loïc Wacquant. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 25(3), e2503.

relaciones sociales y la trayectoria histórica. También me di cuenta de que, en la obra del Bourdieu más maduro, sus estudios sobre el campo escolar, el académico, el religioso, el político, el científico o el artístico habían surgido en la ciudad, y esto no es casual.

La formación de campos es el producto de una diferenciación social, espacial y cultural que trae consigo la urbanización, la reunión de poblaciones grandes, densas y diversas. La ciudad constituye el vehículo para la acumulación y diferenciación de formas de poder —o formas de capital en el lenguaje de Bourdieu— que conduce a la creación de mundos sociales separados, lo que él llama microcosmos (Bourdieu, 2022). Y, una vez que surgen estos campos diferentes, se plantea la cuestión de la relación que guardan entre sí y de la jerarquía que se establece entre ellos. Aquí es donde vemos la lucha entre los defensores de diferentes formas de capital, la acumulación de capital y la impugnación de un tipo de capital por otro. ¿Y dónde tiene lugar todo esto? En la ciudad. Es obvio cuando lo dices, ¡pero antes no lo era! Es en la ciudad donde el burócrata, el abogado, el artista, el político, el científico, el gran jefe —utilizo la forma masculina porque hasta hace poco estos campos estaban reservados a los hombres— se encuentran físicamente, donde estos campos que ellos encarnan cristalizan y toman forma. Y así, la sociología bourdiana se apoya tácitamente en una concepción de la ciudad: mi lectura de Bourdieu pasa por considerar lo urbano como el lugar donde los distintos tipos de capital se acumulan, se diferencian y compiten.

Así pues, el primer elemento es la ciudad como *semillero de estos campos*. El segundo elemento tiene que ver con el agente. El entorno urbano es el lugar donde se reúnen personas de distintos orígenes y con distintas experiencias sociales que, por tanto, aportan distintos *habitus* a la ciudad. («*Habitus*» es el concepto desarrollado por Bourdieu para designar las formas de pensar, sentir y actuar socialmente adquiridas y que, por tanto, forman parte de nuestra experiencia social). La ciudad es el lugar donde chocan los diferentes *habitus*, donde están en desacuerdo o desfasados entre sí. Esto se aprecia claramente en comparación con la sociedad campesina, donde el *habitus* es muy coherente debido a que los condicionamientos sociales son homogéneos, pero también es congruente con el mundo circundante. En cambio, la ciudad es el entorno donde *se forman habitus que podemos denominar incoherentes e incongruentes*. Por eso, el entorno urbano crea *perplejidad social*, en el sentido de que, en nuestra vida cotidiana, a menudo nos encontramos con personas que son diferentes a nosotros, que tienen hábitos distintos y que nos llevan a cuestionar nuestra propia forma de pensar, sentir y actuar. Y eso, en mi opinión, es una forma certera de definir la ciudad. Así pues, existe *una doble especificidad de lo urbano, por el lado del capital y por el lado del habitus*.

[CR]: Siguiendo la estela de Bourdieu, usted subraya la importancia de tener en cuenta el papel de las estructuras simbólicas en la producción de las desigualdades urbanas. ¿Podría esbozar las principales características de lo que describe como "estigma territorial" en la era neoliberal?

[LW]: Hay varias maneras de leer a Bourdieu. A menudo se le resume en la tríada "habitus-capital-campo". De hecho, creo que este resumen es inadecuado porque omite la categoría que, en mi opinión, se encuentra en el corazón de su obra, que es la noción de *poder simbólico*. El poder simbólico es, por decirlo brevemente, la capacidad de transformar la realidad controlando y transformando sus representaciones. Este poder simbólico queda concretado en las categorías de percepción, es decir, las gafas a través de las cuales vemos el mundo. Estas gafas son colectivas, son gafas históricas que nos han sido dadas fundamentalmente por las instituciones del Estado, la escuela, la familia y los medios de comunicación. Lo que hace que vivir en sociedad sea posible es que, en gran medida, tenemos las mismas categorías de pensamiento y percepción. Sin embargo, al mismo tiempo, se establece una diferenciación entre estas categorías de percepción en función de la posición que ocupemos en el espacio social, de manera que se produce una lucha por leer la sociedad con distintos tipos de gafas. Podemos percibir la sociedad con gafas de clase, y decir que la sociedad está dividida en clases sociales, que los conflictos urbanos son conflictos de clase, y podemos intentar movilizarnos políticamente sobre la base de la clase como "principio de visión y división", como dice Bourdieu. Pero también podemos ponernos unas gafas étnicas o etnoraciales y asumir que tenemos que leer la sociedad a través del prisma de la raza, que tenemos que intentar movilizar a la gente empleando esta escisión social como criterio principal; así, encontramos una forma diferente de percibir e intentar modificar el mundo social, construyendo movilizaciones sociales, exigiendo medidas para tal o cual grupo construido de tal o cual manera. Por lo tanto, comprobamos que el poder simbólico ayuda a construir la realidad objetiva de la ciudad.

Quería señalar que hay que concebir la ciudad como una entidad concreta, material y objetiva, pero también debemos reparar en cómo la *perciben y experimentan* las personas que viven en ella, cuyas representaciones son producto de una lucha simbólica. Estas representaciones de la ciudad se aplican al espacio urbano y a la estratificación de los lugares. En particular, tenemos una visión jerárquica de los barrios, que existen materialmente como distribución de recursos, dinero, cualificaciones e infraestructuras, pero que también se distribuyen jerárquicamente en la mente de las personas. Todos tenemos un mapa de la ciudad en nuestra mente, con barrios arriba o abajo, de clase media o trabajadora, comerciales o residenciales, etcétera. En el último medio siglo, hemos asistido a la cristalización de representaciones negativas, incluso infames, de barrios que solían llamarse obreros o de clase trabajadora, que son los antiguos barrios o pueblos de la periferia industrial que perdieron su anclaje económico con la desindustrialización y que, al mismo tiempo, se convirtieron en "puertos de entrada" para la nueva inmigración poscolonial.

Estos barrios son vilipendiados; su imagen degradante se ha extendido por toda la sociedad; su nombre provoca miedo y condena moral; sus vecinos son estigmatizados por el mero hecho de vivir allí. Con la transformación de la esfera política y mediática, la no-

ción misma de *barrio popular* ha desaparecido; diremos simplemente "los barrios", sin ningún calificativo, como si de repente los barrios burgueses de clase media ya no fueran barrios en el sentido corriente de la palabra! Aquí es donde combino la noción de poder simbólico de Bourdieu con el concepto de estigma desarrollado por Erving Goffman ([1962] 1975). Goffman habla de "la gestión de identidades manchadas". Define el estigma como una propiedad descalificadora y cataloga las estrategias mediante las cuales las personas estigmatizadas responden a su depreciación simbólica.

Sobre esto último, mi contribución a la sociología urbana ha sido mostrar esta influencia del poder simbólico, y el hecho de que, desde hace un tiempo, existe un estigma que no puede resumirse en el estigma de la pobreza, la clase o la etnia, sino que es un *estigma de lugar* que tiene su propia dinámica, su propia fuerza, que hace que estos lugares sean infames y que mancha y devalúa a sus habitantes. Cuando hablamos de la necesidad de poner orden y de restablecer la seguridad, nos referimos a esos *barrios populares empobrecidos y estigmatizados*, que se perciben como hervideros de incivilidad, vicio y violencia. Este estigma territorial va a tener toda una serie de impactos, empezando por el que se produce en la autoestima de sus residentes, que se sienten denigrados y que, por ello, son menos propensos a identificarse con el lugar donde viven, se repliegan en la esfera privada y familiar o utilizan el estigma para denigrar a sus vecinos —es lo que llamo "denigración lateral"—. Todos estos efectos convergen para debilitar el vínculo social y, por tanto, transformar las relaciones sociales cotidianas dentro del barrio. Hay un grupo, sin embargo, cuyo apego al barrio es la base de su identidad: los jóvenes desocupados que, además, quedan privados de acceso a lugares significativos. Defenderán este territorio, que se convierte en "su" territorio, contra las intrusiones de jóvenes de otros barrios o de la policía. Pero, al hacerlo siguen determinados por la visión devaluadora del lugar donde viven: es lo que Goffman llama la "inversión del estigma".

Lo que es importante destacar —como muestra Hoffman— es que ninguna propiedad es estigmatizante en sí misma; es siempre la forma en que miramos esa propiedad lo que crea el estigma. Así, es la visión de los demás —en particular de quienes controlan los instrumentos de poder simbólico— la que tendrá un impacto, por ejemplo, en las políticas públicas, con la distribución de recursos en los Barrios Urbanos Prioritarios. También repercutirá en los empleadores, que examinarán con lupa las direcciones de los solicitantes de empleo, y además se mostrarán reacios a abrir un negocio en estos barrios porque se perciben como inseguros, porque sus residentes son menos diligentes en el trabajo, porque el espacio público está supuestamente bajo la influencia del tráfico. Esto agravará el desempleo y, por tanto, validará la imagen de estos barrios como lugares donde los desempleados no quieren entrar en el mercado laboral; sus padres han renunciado a ellos, y sus familias están desestructuradas, y todos los jóvenes están todos implicados en el tráfico. La representación de la realidad contribuye a configurar su materialidad, que a su vez valida esa representación. El círculo se completa.

En la percepción estigmatizadora de los barrios populares empobrecidos está la idea de que son "guetos", vectores de segregación (o separatismo urbano), que no son territorios de la República. Prueba de ello es el creciente porcentaje de familias de origen extranjero que viven en ellos. Estos barrios, cuyos nombres todo el mundo conoce, son lo que yo llamo "puntos hipnóticos" del debate público. Son hipnóticos porque centran la atención e impiden ver que, al mismo tiempo que aumenta la densidad étnica de estas zonas -algo que es cierto- la población de origen extranjero o poscolonial se extiende por el espacio urbano y sus índices de segregación disminuyen lentamente a lo largo de las décadas, como muestran los trabajos de Jean-Louis Pan Ké Shon y Gregory Verdugo (2014). Al mismo tiempo, existe una fijación y dispersión espacial en función de la etnia. Este separatismo urbano se manifiesta en la cima de la escala de barrios y ciudades, en las zonas exclusivamente de clase media que se han vuelto cada vez más exclusivas en los últimos treinta años.

El segundo punto ciego es la suposición de que esta población queda "excluida" para siempre, que estará encerrada en estas zonas de forma permanente. Pero la realidad es que sus residentes son más móviles que la media de los hogares, y esta movilidad les permite ascender en la escala de los barrios. Se trata de otro fenómeno completamente oculto al debate público e incluso científico.

[CR]: Usted describe la implicación cruzada de tres campos en la producción del estigma territorial: la política, el periodismo y el mundo académico. ¿Qué se puede hacer desde estos ámbitos para combatirlo?

[LW]: Empecemos por el ámbito académico. En primer lugar, debemos mantener una buena higiene conceptual y evitar caer en un discurso prefabricado que nos ciegue ante la realidad. Esto significa ser reflexivos, cuestionar los propios conceptos con los que organizamos nuestra investigación. El ejemplo perfecto de esto es el discurso confuso y tendencioso sobre el "gueto", un término que se utiliza desde su acepción más común, sin darnos cuenta de que, lejos de ser un espacio de desintegración, el gueto constituye un mecanismo que permite la integración de un grupo estructuralmente estigmatizado mientras lo mantiene a distancia del tejido social en su totalidad. En mi libro *Las dos caras del gueto*, basado en dos casos canónicos, el gueto judío del Renacimiento europeo y el gueto negro de la América fordista, muestro que la guetización es un proceso de dos caras, una que incorpora y otra que separa, y que estas dos dimensiones deben tomarse conjuntamente para comprender el fenómeno, algo que no hice en mi libro *Parias urbanos* (Wacquant, [2006] 2013). El gueto es una "jaula", pero también un "capullo" que protege, alimenta la solidaridad y amplía las oportunidades vitales. A este cuidado conceptual, hay que añadir el deber de intervenir en el debate público: que cuando un periodista plantee una pregunta problemática, digamos "vamos a parar, vamos a dar un paso al lado", y nos detengamos a examinar las categorías y presupuestos que subyacen a la pregunta. Que cuestionemos la pregunta en lugar de responderla ingenuamente.

Del mismo modo, los periodistas deben practicar una buena higiene lexicológica y preguntarse qué lado de la historia están ocultando al cubrirla. Hay que informarse, leer la literatura sociológica y darse cuenta de que se puede contribuir involuntariamente a la estigmatización de un barrio centrándose exclusivamente en los aspectos negativos y cayendo en ese ciclo de denigración. Esa apertura de mente nos permite preguntarnos por qué nos preocupa tal o cual propiedad que no generaría atención si estuviéramos en otro barrio, por ejemplo, en una zona suburbana. También es importante recordar que los determinantes de los destinos de los barrios no se encuentran en el propio barrio: son las tendencias imperantes en el mercado laboral y la economía inmobiliaria, las escuelas, la ordenación del territorio, la policía y la justicia. En resumen, el Estado en todas sus manifestaciones.

A continuación, en el ámbito político, yo distinguiría entre el nivel local y el nacional, ya que varios concejales participan en la lucha contra la estigmatización espacial. A lo largo de la década de 2010, la ciudad de La Courneuve creó una red que organizó una asamblea general de ciudades estigmatizadas, y cuyos alcaldes pidieron colectivamente "Basta, ya está bien". Presionaron a la HALDE (Haute Autorité de Lutte contre les Discriminations et pour l'Égalité - Alta Autoridad de Lucha contra la Discriminación y por la Igualdad) para que incluyera la residencia entre los criterios de la ley antidiscriminación. Y la residencia se incluye ahora entre esos criterios. Por último, en el ámbito burocrático, es hora de que los administradores del Estado que aplican la política urbana se centren en dar a conocer los efectos positivos de esta política para romper la dinámica de estigmatización, reconociendo al mismo tiempo la imperiosa necesidad de incorporar recursos adicionales para amplificar estos efectos positivos. Esto sólo puede hacerse trabajando a medio y largo plazo, durante una década o más, y negándose a poner el sistema patas arriba cada vez que hay un cambio de gobierno, lo cual es realmente absurdo.

En cuanto a los profesionales de la ciudad —trabajadores sociales, educadores de calle, administradores y concejales— que aplican esta política, podemos contar con ellos para «desestigmatizar» estos barrios contrarrestando el discurso estigmatizador que se dirige contra ellos y mostrando los sesgos de lo que yo llamo el «modelo del déficit», que consiste en ver la periferia urbana sólo a través del prisma de sus carencias. Pero, sobre todo, hay que volver a situar los barrios obreros empobrecidos en el conjunto de la jerarquía de las zonas urbanas y de los barrios para ver que la verdadera política pública de "discriminación positiva" según el espacio no es la llamada política urbana, sino la organización política que se da por supuesta y que garantiza que se asignen recursos fiscales, presupuestarios y humanos desproporcionados a los barrios y ciudades burguesas, empezando por los servicios públicos —escuelas, vivienda, sanidad, carreteras y transportes— que se supone que se distribuyen equitativamente por todo el país.

[CR]: Usted subraya su constatación de que la prisión es una institución urbana y, más en general, pide que la policía, la justicia y la prisión se sitúen en el centro de la investigación y la política urbanas. ¿Por qué y para qué?

[LW]: He tenido este fenómeno delante de mí durante treinta años y ino podía verlo! En *Las cárceles de la miseria* propuse que, en la era neoliberal, el Estado penal se puso en marcha para gestionar la miseria producida por la desregulación económica y la reducción de la protección social (Wacquant, 2010). Pero no había captado la dimensión específicamente urbana de dicha puesta en marcha. Hay que distinguir entre las prisiones preventivas, situadas en las ciudades y que albergan a las personas detenidas por la policía a la espera de juicio, y las prisiones, que albergan a los presos condenados y están situadas en zonas rurales, por razones prácticas —la tierra es más barata allí— y por razones sociales y simbólicas —los habitantes de las ciudades no quieren tener entre ellos a personas consideradas peligrosas y desviadas—. Los centros de detención preventiva albergan casi exclusivamente a reclusos que proceden de zonas segregadas y regresan allí cuando son puestos en libertad.

La policía y la justicia se centran intensamente en estos barrios, sobre todo a través de "controles faciales" y "comparencias inmediatas", un sistema de sacrificio judicial sobre la marcha al que ningún residente de barrio de clase media aceptaría someterse (recomiendo la lectura de las etnografías de Angèle Christin, *Comparutions immédiates* [2009], y Didier Fassin, *La Force de l'ordre* [2011]). Esa focalización explica por qué las personas presidiarias egresadas son rápidamente recapturadas por el sistema de justicia penal —particularmente por su implicación en la economía callejera—, de modo que empieza a circular un circuito prácticamente cerrado entre el barrio y el sistema penitenciario. En Estados Unidos, este fenómeno de penetración mutua entre el hipergueto negro y la cárcel se agrava. En Francia, aunque es más limitado, es real, y los mecanismos son los mismos: penalización geográficamente selectiva, circulación intensificada entre el barrio y la cárcel, simbiosis entre cultura de calle y cultura carcelaria. En las cárceles de las grandes ciudades, los reclusos reconstituyen la sociabilidad de los barrios y se organizan en redes de ayuda mutua y protección basadas en la jerarquía espacial. El barrio está en la cárcel y la cárcel en el barrio.

¿Cuáles son las poblaciones atrapadas en lo que yo llamo la ósmosis estructural entre estas dos instituciones de reclusión? Jóvenes pobres de origen magrebí o procedentes de familias migrantes africanas en Francia, jóvenes negros pobres en Estados Unidos, pero también surinameses en Holanda, marroquíes en Bélgica, turcos y gitanos en Alemania, e inmigrantes no europeos en los países escandinavos. Para mí fue un descubrimiento darme cuenta del papel central que desempeñan las prisiones en la gestión de la marginalidad urbana en la ciudad. Y eso incluye a las prisiones que, aunque situadas lejos, en zonas rurales, son satélites de la ciudad que gestionan el desbordamiento espacial de los problemas urbanos.

Esto significa que no podemos entender la desigualdad y la marginalidad en la ciudad si no comprendemos la movilización diferencial de los aparatos policial y penal, que sirven como una especie de tapa que se coloca sobre la caldera burbujeante de estos barrios relegados. Para entender la ciudad, hay que entender el Estado penal, y viceversa. Sin embargo, en términos de investigación académica, es una intersección de la que prácticamente nadie se ocupa: los sociólogos de la ciudad no leen criminología y sociología del sistema de justicia penal, y los criminólogos y sociólogos de la justicia no leen sociología urbana. Lo mismo ocurre con las políticas públicas: el porcentaje de residentes detenidos por la policía o con antecedentes penales no figura entre los criterios para identificar un barrio QPV¹!

Sobre el terreno, sin embargo, los profesionales a menudo ya han entendido esta intersección, y son muy conscientes de que los agentes de policía, los jueces y los agentes de libertad condicional son actores clave en la determinación de las trayectorias sociales y espaciales de los jóvenes doblemente marginados por su clase y su etnia, y de que las garras del sistema de justicia penal atenazan a estos barrios. De que la policía, la justicia y la cárcel tienen un gran impacto en las trayectorias vitales de estos jóvenes, desestabilizando a las familias más vulnerables. Los profesionales lo saben, pero los investigadores no, o al menos van muy a la zaga. Por ello, hago un llamamiento a mis colegas sociólogos para que establezcan este vínculo entre la sociología urbana y la sociología criminal. Así comprenderemos mucho mejor tanto la ciudad como la justicia penal. En cuanto a los políticos, ya es hora de que abran los ojos a los efectos iatrogénicos o secundarios de la política de penalización de la pobreza.

[CR]: ¿Cómo han influido sus idas y venidas empíricas y personales entre Francia y Estados Unidos en su enfoque de la dinámica contemporánea de la producción de marginalidad urbana?

[LW]: Una perspectiva comparada es esencial si queremos averiguar lo que se da por sentado en una sociedad y no en otra. El vaivén del péndulo entre las dos orillas del Atlántico me obligó a ser reflexivo, a cuestionar las categorías conceptuales, las fuentes de datos, las herramientas teóricas que utilizaba, los problemas que se articulan de formas diferentes, o no se formulan en absoluto en un país mientras que son fundamentales en el otro. Por ejemplo, los estadounidenses dan por sentado que "marginalidad urbana es igual a raza". Y todos los datos públicos y administrativos, así como todas las encuestas en Estados Unidos, hacen de la raza una variable central, e ignoran totalmente las desigualdades de clase. Y, por raza, damos por sentada la división dicotómica entre negros y blancos definida por la ascendencia. Pero si abordamos esta cuestión con gafas europeas, nos vemos tentados a reformular esta división según una lógica gradacional basada en la apariencia física que determina continuums poco nítidos en lugar de categorías bien definidas.

1 Quartier de la Politique de la Ville.

Sin embargo, una oleada de investigaciones recientes demuestra que las desigualdades etnoraciales en Estados Unidos siguen en realidad una lógica de gradación, y no dicotómica, según el color de la piel². Por ejemplo, las disparidades económicas, sociales, educativas, médicas y judiciales entre negros de piel clara y negros de piel oscura son más pronunciadas que las disparidades correspondientes entre negros y blancos (uno de mis antiguos alumnos de doctorado, Ellis Monk, ahora profesor en Harvard, está a la vanguardia de esta investigación). En Europa, la categorización etnoracial, que opera de distintas maneras según el grupo y el sector institucional —empleo, vivienda, escuela, familia, policía, espacio público— ha estado ausente durante mucho tiempo e incluso ha sido tabú en la investigación sobre la ciudad, y sigue siendo ilegal en la recogida de datos administrativos en muchos países. Esto no debería impedir a los sociólogos tenerla en cuenta en sus encuestas, como han hecho brillantemente Patrick Simon y sus colegas (Beauchemin et al., 2016). Pero, para ello, necesitamos calibrarlo en función de la historia específica de las estructuras urbanas del país en cuestión, en lugar de importarlo de Estados Unidos. Sobre todo, necesitamos mantener unidas la clase, la raza y el espacio y comprender las formas específicas en que se articulan en la ciudad.

Referencias bibliográficas

Beauchemin, Cris; Christelle Hamel y Patrick Simon (2016). *Trajectoires et origines. Enquête sur la diversité des populations en France*. INED éditions. <https://doi.org/10.4000/books.ined.676>

Bourdieu, Pierre (2002). *Le Bal des célibataires. Crise de la société paysanne en Béarn*. Seuil, coll. "Points Essais".

Bourdieu, Pierre (2021). *Microcosmes. Théorie des champs*. Seuil y Raisons d'agir éditions.

Bourdieu, Pierre y Sayad, Abdelmalek (1964). *Le Déracinement. La crise de l'agriculture traditionnelle en Algérie*. Minuit, coll. "Documents".

Christin, Angèle (2008). *Comparutions immédiates. Enquête sur une pratique judiciaire*. La Découverte. <https://doi.org/10.3917/dec.chris.2008.01>

Fassin, Didier (2011). *La Force de l'ordre. Une anthropologie de la police des quartiers*. Seuil.

Goffman, Erving [1963] 1974. *Stigmate. Les usages sociaux des handicaps*. Minuit, col. "Le sens commun".

Pan Ké Shon, Jean-Louis y Gregory Verdugo (2014). Ségrégation et incorporation des immigrés en France Ampleur et intensité entre 1968 et 2007. *Revue française de sociologie*, 55(2): 245-283. <https://doi.org/10.3917/rfs.552.0245>

² Véase Wacquant (2024).

Wacquant, Loïc (2005). The Two Faces of the Ghetto. *Actes De la Recherche en Sciences Sociales*, 4-21. <https://doi.org/10.3917/arss.160.0004>

Wacquant, Loïc [2006] (2013). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Siglo XXI.

Wacquant, Loïc (2010). *Las cárceles de la miseria*. Manantial.

Wacquant, Loïc (2018). Bourdieu llega a la ciudad: pertinencia, principios, aplicaciones. *Revista Internacional de Investigación Urbana y Regional*, 42(1): 90105.

Wacquant, Loïc (2023). *Bourdieu in the City: Challenging Urban Theory*. Polity Press.

Wacquant, Loïc (2024). Notas sobre la raza como etnia negada. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 24(3), r2403.